

PQ7297

.B5

56



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

---

**E**N los buenos tiempos, y llamo así á los de la juventud, únicos que á mi juicio merecen este calificativo porque en ellos *ese cielo azul que todos vemos es cielo y es azul*; en los buenos tiempos, digo, me encontraba en esta capital, recién llegado, cuando recibí periódicos de Campeche que me apresuré á leer con la ansiedad propia de quien quiere calmar las desazones de la nostalgia. En uno de esos periódicos venían publicados los sonetos con que el Dr. Blengio envolvió, como en mortaja de escogidas flores, el cuerpo inanimado de modesta joven que cruzó rápidamente por el mundo dejándole gratisimos recuerdos, más que de su belleza de que pudo hacer alarde, de sus relevantes virtudes que en vano procu-

003120

ró ocultar con discreción verdaderamente evangélica.

Era yo desde entonces amigo de Blengio, y á dicha tengo serlo hasta hoy, sin que ni el transcurso de los años, ni las vicisitudes de la fortuna hayan servido más que para acrisolar nuestra amistad, depurándola de los sentimientos que pudieran desnaturalizarla. Conservaba fresca mi afición á la más bella de las bellas letras, de la que no he prescindido, ni quiero prescindir, que lo contrario sería renunciar á una de las pocas satisfacciones que me quedan, la de admirar, por ejemplo, la poesía de Núñez de Arce y Campoamor, que aduna levantada inspiración y correcta forma; asemejando valiosa joya en cincelado estuche.

Además, en aquel período glorioso de doble renacimiento, político y literario, no me había curado por completo de la debilidad de componer versos, debilidad de uso corriente en la juventud y en la que incurrí sin sospechar que perpetraba un delito contra el que ni siquiera corre la prescripción,

puesto que después de varios lustros me lo han echado en cara, olvidando que, en el caso, pocos son los que pueden tirar la primera piedra.

Estas circunstancias secundarias, y la principal del reconocido mérito de los sonetos, me entusiasmaron al extremo de que no sólo los di á conocer á algunos amigos, felices cultivadores del divino arte, sino que procuré con empeño que se reprodujeran en el *Semanario Ilustrado*, periódico que á la sazón se publicaba aquí. Y se reprodujeron precedidos de un articulejo con pujos de erudición, que voy á insertar en seguida, tal como lo escribí, á fin de que su edad y el medio ambiente que me rodeaba atenúen la crítica á que necesariamente ha de prestarse.

“La literatura española que á fines del siglo XIV permanecía estacionaria, formando un doloroso contraste con los progresos que las bellas letras conquistaban en otras varias naciones de Europa, tuvo que des-

petar de su letargo al dibujarse en el oriente de los pueblos la aurora esplendorosa del siglo XV. Los acentos de Dante y de Petrarca, esos dos formidables Anteos que hicieron de la lengua toscana la lengua de la armonía, y que levantaron á su patria á una altura de la que no ha podido descender, á pesar de la interminable serie de sus infortunios, traspasaron los mares y los montes, y recorrieron el mundo, como el himno precursor de una nueva era literaria. Llegaron á Castilla, y, como necesariamente tenía que suceder, produjeron una saludable reacción en la literatura. Á la indiferencia sucedió el entusiasmo, á la inacción los *juegos florales*. Las musas penetran hasta el santuario mismo de los reyes, los seducen, enseñándoles que se puede tener en una mano el cetro y en la otra el arpa del poeta, y se convierten en trovadores los príncipes, los nobles y los vasallos; trovadores que purificaban su inspiración en la fuente cercana de la poesía provenzal.

“Por esta circunstancia la poesía italiana

no ejerció sobre la española la influencia que estaba llamada á ejercer; y, sin embargo, á su conocimiento, á su estudio y al afán que había por imitarla, se debe el que los poetas castellanos, emancipándose de la tutela de la tradición, hayan abandonado la monotonía del arte mayor y de sus otras combinaciones métricas, para empezar á hacer sus ensayos en el verso endecasílabo, el verso favorito de los poetas de Italia; el que se presta á todos los asuntos; el que mejor sabe expresar las pasiones; el verso más dulce y armonioso, y en el que, más adelante, habían de brillar tanto el ingenio y la lengua de Castilla.

“Entre las diversas combinaciones métricas que se han formado con el endecasílabo, ocupa el lugar preferente el soneto, y á él debe Petrarca sus más gloriosos y merecidos laureles.

“Los poetas españoles del siglo XV vacilaron en imitar el soneto: unos, por no confiar bastantemente en su ingenio para hacerle con felicidad, y otros porque un exce-

so de patriotismo los obligaba á no aparecer plagiando lo que consideraban como versificación extranjera. Á pesar de esto, el favorito de Don Juan II, Don Íñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana, acometió la empresa, y legó á la literatura de su patria los primeros sonetos castellanos. Muy pocos poetas del siglo de Santillana y aun del posterior siguieron su ejemplo. El soneto inspiraba una especie de veneración. Mas se suceden otros tiempos, se generaliza el uso del verso endecasílabo, y el soneto fue arrebatado de su altar para ser profanado hasta por los versistas más vulgares. Desde entonces, muchos sonetos se han escrito en español; pero, según la opinión de los historiadores y críticos más respetables, *pocos son de gran mérito, bastantes medianos, y los demás despreciables.*

“Los maestros pintan con tanta exageración las dificultades que hay que vencer para componer un buen soneto, que hasta los poetas más esclarecidos lo consideran como un imposible.

“Boileau establece que un buen soneto vale tanto como un largo poema; Martínez de la Rosa acepta la idea de que Apolo inventó por capricho el soneto para mortificar á los poetas; Gil de Zárate confiesa que el soneto es una composición en extremo artificiosa y que muy pocos son los buenos. Al oír estas apreciaciones de autores tan competentes; al ver que se encuentran defectos hasta en los sonetos de Garcilaso y de los Argensolas y de Lope, ¿quién tendrá el valor y la audacia suficientes para hacer un soneto? ¿Quién? El genio, el genio que todo lo vence, que en la antigüedad rasgaba el velo misterioso de las Sibilas, y que hoy se eleva hasta los cielos para sorprender los secretos de la eternidad y baja después al mundo para contarlos á los hombres, en el dulce lenguaje de los ángeles.

“Al bosquejar ligeramente la historia del soneto en España, hemos tenido por única intención la de probar que desde el siglo XV hasta hoy, el soneto ha sido la gran dificultad de la poesía lírica, la prueba supre-

ma, de la que sólo han salido felizmente los iluminados por los destellos de un sol que brilla para muy pocos.

“Entre este corto número podemos colocar el nombre del Dr. Joaquín Blengio, quien ayudando su natural ingenio con la constancia y el estudio, ha llegado, en nuestro humilde concepto, á componer sonetos que honran la literatura nacional. Amante de la poesía desde sus primeros años, y consagrado por la necesidad de tener una profesión, á los áridos estudios de la medicina, ha tenido que sostener una lucha en la que al fin ha salido vencedor, y su triunfo viene á ser una prueba más, de que es posible, aunque difícil, el consorcio de que nos ha hablado en una de sus más graciosas composiciones poéticas, el feliz imitador de Cervantes.

“El Dr. Blengio ha ensayado todas las combinaciones de la poesía lírica: recordamos hoy que algunas veces nos ha favorecido leyéndonos sus composiciones, y que de éstas, una de las que más nos han llamado la

atención, es la oda escrita á la respetable memoria del Dr. D. Justo Sierra, á quien en otra ocasión hemos llamado, y con justicia, el patriarca de la literatura yucateca. Pero el Dr. Blengio, por una de las especialidades de su carácter, se ha formado el propósito de no publicar más que sonetos. Parece que la misma dificultad que este género ha presentado en todas épocas, anima y estimula su ingenio, que se propone conquistar un laurel, tanto más glorioso, cuanto ha sido menos prodigado.

“Nuestro amigo ha escrito más de doscientos sonetos, que, coleccionados, forman la historia de nuestras dos guerras de independencia. Desde Hidalgo hasta Juárez, ha cantado á todos los héroes; y ha evocado todas las épocas gloriosas desde el 15 de Septiembre de 1810, hasta el 19 de Junio de 1867.

“Médico y poeta, el Dr. Blengio ha buscado sus inspiraciones hasta en la muerte misma. Ante el cadáver, esa prueba dolorosa de la impotencia del hombre y de su cien-

cia, eleva sus cantos sublimes para comunicarse con el alma, ese principio misterioso que, según los psicólogos, sobrevive á todo.

“En nuestra última correspondencia hemos recibido, y leído con gusto, los sonetos que el Dr. Blengio escribió en la sensible muerte de la Srita. Carolina Trueba, uno de los más bellos ornatos de la sociedad campechana. Nos han parecido tan buenos, que no hemos podido resistir al deseo de darlos á conocer á los subscriptores del *Semanario Ilustrado*. Los insertamos al pie de estas líneas, y recomendamos la lectura de los cinco, pero especialmente del cuarto, que es, siempre en nuestra humilde opinión, una obra completa. El pensamiento sale como vaciado en un molde, según exigen los maestros, sin que sobre ni falte nada; corre sin detenerse, y concluye de la manera más expresiva y natural. No hay un solo verso que no esté perfectamente medido y acentuado, y se goza al oírlo, de todas las galas del endecasílabo. Las palabras son escogidas, sin que ninguna de ellas pueda herir la suspi-

cia del más delicado oído. Los últimos versos encierran todo el sentimiento y toda la desesperación que puede inspirar la muerte de una persona querida.

“Lejos de las miradas de los vivos,  
Soy más feliz hablando con los muertos.”

“Esto es desconsolador, pero es sublime. En los vivos generalmente se encuentra falsedad, hipocresía, todas las malas pasiones, estos caracteres de la carne: hablando con los muertos se habla con la eternidad, se habla con la muerte, que es la más grande de las verdades humanas. Al leer el soneto á que aludimos, nos hemos creído autorizados á exclamar con Boileau: *es un poema*.

“Felicitamos expresiva y cariñosamente á nuestro querido poeta, porque ha llegado adonde deseaba llegar. Todo lo ha vencido el genio y la constancia, y su nombre, hasta hoy casi ignorado, podrá colocarse muy cerca de los de Garcilaso y Argensola, y junto á los de Pesado y Luís G. Ortiz, que han compuesto sonetos que prohijarían con orgullo los mejores poetas del mundo.

“Tal vez más adelante, si el público nos favorece, formemos una edición de los sonetos y demás composiciones poéticas del Dr. Blengio, y entonces ampliaremos estos apuntes; por ahora, nos limitamos á indicar con nuestra pobre mano, al modesto ingenio, para decirle á México: México, allí tienes una de tus glorias literarias.”

A fuer de hombre honrado vengo á pagar, aunque tarde y parcialmente, la deuda contraída allá en mis mocedades, que no por condicional deja de obligarme: lo único que siento es tener que hacerlo cuando está agotado el escaso caudal de mis esperanzas é ilusiones, quedándome tan sólo el que se acumula en cierta edad con las economías de la experiencia, moneda inadecuada para pagar deudas de la índole de mi deuda.

Por fortuna, poco tengo que añadir á lo que dije en el preinserto artículo, pues á pesar de ser la materia vasta y fecunda, no pretendo empeñarme, á título de sabihondo,

en ardua labor literaria reservada á los versados en achaques de literatura.

El soneto ha seguido y sigue siendo la prueba suprema de poetas esclarecidos y fruta prohibida, y, por ende, codiciada, de versificadores audaces, que, confiados en la ayuda de la fortuna, componen y publican versos como si jugaran á la lotería. Pero ni el uso ni el abuso del soneto han modificado su estructura y facilitado su composición, por lo que pienso que bien podría figurar en un curioso libro que tengo á la mano, intitulado “Esfuerzos del Ingenio Literario,” porque el soneto en sí mismo, sin aditamento alguno, es un esfuerzo del ingenio, y esfuerzo intelectual, superior al propiamente mecánico del enigma, acróstico, charada, anagrama, centón literario y demás composiciones de este linaje, bautizadas con el nombre de *bagatelas difíciles* por el clásico poeta Bilbilitano, que se llamó á sí mismo, en uno de sus conocidos epigramas, *poeta de futesas divertidas*, y á quien Plinio el joven calificó de agudo, vivo, picante y candoroso.